

naron hacerlo el otro día al amanecer, para que no lo viesen los de la plaza. Y á este fin, al caer de la tarde, hicieron tender en alto grandes paños y lienzos, que impidiesen á los sarracenos la vista del entierro y de las luces. Al bajar á su última morada los despojos de aquellos campeones, prorrumpieron sus gentes, nobles y pecheros, en tales extremos de dolor, que á todos movieron á llanto. Reprimió el rey el suyo, y consolándoles lo mejor que su natural bondad le inspiró, dijo que él haría las veces de los buenos señores que habían perdido, de manera que en nada notasen su falta; ofrecióles proveerles de cuanto necesitasen, así de armas como de caballos, y poniéndoles por delante el desaliento que su llanto traía al ejército y la alegría que llevaba á los moros, concluyó con que el duelo que él y ellos debían hacer era vengar la muerte de sus señores, y servir á Dios dando cabo á lo que á la isla les había traído. Y dicho esto, acabaron de enterrar los cuerpos, que allí estuvieron hasta que, tomada la ciudad, es fama que se depositaron en la pequeña iglesia llamada *El Sepulcro*, antes mezquita, y se trasladaron después á Cataluña, al monasterio de Santas Cruces.

Pensóse entonces en estrechar el cerco: fortificóse el campo, desembarcóse el maderaje que para máquinas traían las naves, armáronse de pronto un trabuco y un fundíbulo, que la crónica denomina *almajanech*; los cómitres de las cuatro ó cinco naves de Marsella ofrecieron que con entenas y tablas de sus barcos construirían un trabuco; y así, por la parte que miraba á la puerta de Benalcofol, hoy Puerta Pintada, quedó sentado el campo, y fueron dando batería á la ciudad dos trabucos, un fundíbulo y un manganel (a). No se descuidaron los sitiados, antes como

(a) «Marchó el enemigo contra la ciudad, sigue el texto de Al-makzumi transcrito por Al-makkari, y acampó en el desierto é inculto llano junto á la puerta de Al-kahl, donde se dieron á la muralla muchos asaltos.» No cabe duda de que la puerta de Al-kahl es la misma que la de Alcohol (Beb-alcofol) nombrada en nuestros documentos, es decir, la del *Esvahidor*, la primitiva Pintada, la de Santa Margarita, que todos estos nombres sucesivamente ha llevado; pero no se comprende

viesen desembarcar el maderaje, ya comenzaron de armar sus ingenios: con los disparos de dos trabucos y catorce algarradas contestaron á los del campo; y tan superior era una de éstas, que pasaban sus piedras más allá de los reparos de los cristianos, y aun se metían cinco tiendas adentro del campamento. En esto, Jasperto de Barberá mandó hacer un mantelete, ó *gata*, como lo llamaron los antiguos, sobre ruedas muy recias, con tres tablas de grueso, la cubierta á dos aguas ó declives, y sobre ella ramas ú hornija y una buena capa de tierra, para que no la destrozasen los tiros de las algarradas enemigas. Hicieron otros dos manteletes el rey y el conde de Ampurias, y arrimados los tres al foso lo más que se pudo, comenzaron los cavadores, que de ellos se guarecían, á abrir tres cavas. Reinó en la hueste grande alegría cuando se vió el buen sesgo que las operaciones tomaban, y la actividad de todos sobrepujo las mismas esperanzas del rey. Habían seguido la expedición dos frailes de la naciente orden de Predicadores, llamado fray Miguel Fabre el uno, natural de Castilla, y fray Berenguer de Castellbisbal el otro, catalán. El fray Miguel por todas partes discurría, á todos animaba; y como era notoria la santidad de sus costumbres, y los guerreros de entonces tal vez debían su valor más á su fe que á sus deseos de gloria, sus incesantes exhortaciones produjeron un efecto tal, que rayaría en increíble, á no habernos dejado de

la calificación de *desierta é inculta* dada á la fertilísima llanura de regadío, que se extiende al norte desde los muros hasta más allá de La-Real, y que en el libro del repartimiento aparece ya como huerta, distribuída por cuarteradas. Las tiendas al principio se fijaron muy cerca de la ciudad, puesto que muchas de ellas, y en especial la de D. Nuño, fueron destrozadas por los tiros de los sitiados, y por ventura estos inconvenientes obligaron á situarlas más lejos en La-Real, aunque un ejército tan numeroso bien podía extenderse por todo el espacio intermedio, dándose la mano con la armada que bloqueaba la bahía. El sitio no se formalizó desde luego, pues cuatro días después de la batalla de Santa Ponsa, es decir, hacia el 16 de Setiembre, pudo todavía el rey sarraceno, burlando la vigilancia de los sitiadores, introducirse en la ciudad con ocho mil hombres recogidos por las montañas. Desclot refiere el ardid con que en noche muy cerrada favorecieron dicha entrada los sitiadores llamando por el lado opuesto la atención con numerosos fuegos y atronadores alaridos.

ello un orep testimonio las crónicas del rey y de Marsilio (1). Cuando puesto en la estacada en alta voz concedía indulgencia de sus pecados á los que más se esforzasen, todos á porfía querían participar de los trabajos, y ni el noble se desdénaba de alternar con el villano. En brevísimo espacio quedó abierta la zanja alrededor del campo, que además se cerró con palenque y dos puertas: los ingenios no aflojaban en la furia del batir; los magnates dieron todos sus servidores para que ayudasen y obedeciesen á los ingenieros; los caballeros traían para éstos piedras, que ponían delante de sí en las sillas de sus caballos; los de más ilustre casa tiraban de las cuerdas con que hacían andar los carretones, que ellos mismos compusieron para transportar las piedras, ó las llevaban en hombros; y cuando de noche se mandaba que fuesen cincuenta á guardar los ingenios y á ponerse de escucha, y de día á defender á los cavadores y á servir de atalayas, iban ciento; y si no eran menester tantos, á fuerza de súplicas alcanzaban que esto se les permitiese.

No todos los enemigos, que escaparon de la batalla de Santa Ponza, debieron de recogerse con el walí en la plaza; y á las tres semanas de haber puesto el cerco, ya no pudieron dudarlos cristianos, pues con cinco mil infantes y cien jinetes montañeses se presentó en una altura vecina el moro llamado Infantilla por la crónica, y asentando sus tiendas, cortó el agua de la acequia que bajaba al campo de los sitiadores (a). Mas, acorriendo á remediar el daño, que no tanto de la falta de agua como de la

(1) Dice Marsilio que los del ejército, después de Dios y de su Madre, invocaban el nombre de fray Miguel, y añade: que preguntando él mismo de aquella conquista á los moros cautivos ancianos, que había en Mallorca, y á los conversos ó cristianos nuevos, le solían responder que María y Miguel (aludiendo al fraile) ganaron á Mallorca. Véase el n.º 21 del *Apéndice*.

(a) Dos expediciones del mismo género, aunque distintas, refiere Desclot, que la crónica del rey y la de Marsilio confunden tal vez en una sola por la semejanza del objeto y de las circunstancias: me remito á la citada *Historia de la conquista de Mallorca* que publiqué en 1850, pues sería interminable trasladar aquí todas las observaciones conducentes á ilustrar el asunto y á conciliar las relaciones de los cronistas.

presencia de aquella hueste á sus espaldas podía venirles, mandó el rey que D. Nuño fuese con trescientos caballeros escogidos, así suyos como de la mesnada real, á desalojar á los infieles: y con tan gentil cabalgada lo hizo el de Rosellón, que los echó de la cumbre, tal vez el cerro de Canet, les mató el general y quinientos hombres, y se apoderó de todo su campamento. Pusieron los cristianos en la honda del fundíbulo *almajanech* la cabeza de Infantilla, y la tiraron á la plaza.

En esto, vino un mensajero árabe con letras de Ben-Abet, que era uno de los principales de la isla, y en ellas decía: que á gran gusto y merced tendría el verse con D. Jaime; que si se concertaban, él haría que una de las doce partes de que constaba Mallorca se le diese, y trajese continuamente vituallas al campo cristiano; y que si esto se efectuaba y D. Jaime los recibía benignamente, él aseguraba que las once restantes pronto harían lo mismo (a). Y como el mensajero pidiese al rey que enviara gente de su corte á un lugar que de allí distaba una legua, adonde también acudiría Ben-Abet, pusieronlo al punto por obra veinte caballeros, que volvieron acompañando al leal sarraceno. Traía Ben-Abet más de veinte acémilas cargadas de granos, volatería, ganado menor y fruta; y tales eran las uvas, que venían en sacos sin quebrantarse ni corromperse. Acogido por D. Jaime con mucha honra, suplicóle el moro que le diese enseña suya para que no fuesen maltratados de las partidas sueltas y sí reconocidos sus mensajeros. Desde entonces no se pasó semana sin que enviase á la hueste víveres de refresco: á los quince días ya trajo al partido del rey á muchas de las demás partes de Mallorca; y poco después pidió al monarca que nom-

(a) El distrito, colocado bajo la autoridad ó al menos bajo la influencia de Ben-Abet, y poblado por ochocientas casas ó familias de montañeses, era acaso el de Pollensa, para donde convidó á D. Nuño, extendiéndose su prestigio á los de Canarrosa é Inca, que son los que mediaban entre la ciudad y la costa fronteriza á Menorca. Nada nos dice la historia de la suerte que cupo á Ben-Abet, dejando ancho campo á las fantásticas hipótesis de los genealogistas.

brase dos sujetos, que con título de bailes rigiesen por él á los que se habían puesto bajo de su imperio, nombramiento que recayó en Berenguer Durfort barcelonés, y en Jaques Sans, ambos familiares del rey y hombres á propósito (a). Tanto lo vino aquel socorro de los infieles, que el mismo rey miró como un ángel al Ben-Abet, y nosotros no sin apuntar algunas brevísimas reflexiones podemos referirlo.

Después de la primera invasión de los árabes en España, fué muy de notar cómo poco á poco cobraron á su nueva patria el cariño que debieron de profesar á la antigua, y cuánto la templanza del clima, la fertilidad de la tierra y las comodidades de la abundancia suavizaron el humor fanático y belicoso de los descendientes de los primitivos conquistadores, mayormente de los que moraban lejos de las fronteras cristianas. Así fué menester que las armas africanas viniesen en distintas ocasiones á sostener el imperio sarraceno, que las ya enflaquecidas manos de los moros españoles se dejaban arrebatar por los campeones de Cristo. Si esto en el continente acontecía, en donde apenas se daba treguas á la espada, y la guerra civil llenaba las temporadas en que estaban ociosas las huestes de los cristianos; ¿cuánto más en una isla, donde, apartados de toda comunicación frecuente, amansados por la sanidad y abundancia del país, perdida ya la memoria de las armas con una paz apenas interrumpida durante algunos siglos, debían los descendientes de los primeros

(a) Es singular esa institución de autoridades cristianas en medio de un país todavía sarraceno y durante la furia de los combates; mas á pesar de la sinceridad que ella supone en los nuevos aliados y de los rehenes de hijos é hijas que en manos del conquistador habían puesto, tuvieron los dos bailes que refugiarse al campamento, luego que el inminente peligro de la capital renovó la mancomunidad de afectos é intereses entre los sitiados y sus compatriotas isleños. Jaime Sans era natural de Montpellier, y la identidad del nombre persuade que fué el mismo embajador despachado al jeque de Mallorca antes de la expedición para reclamar las naves apresadas, y cuya digna y altiva respuesta contribuyó no poco á la ruptura. Según el repartimiento, obtuvo en el término de Sincu la alquería *Colonia* de doce yugadas, y en 1242 sucedió en el cargo de baile general á su compañero Berenguer Durfort que lo había desempeñado por tres años.

conquistadores ser más pacíficos y participar menos de la agitación y sucesos que solos pudieran mantener íntegros en sus ánimos la osadía y el valor de sus progenitores? Por esto casi sin resistencia fueron obedeciendo al poder de los jeques de Denia y á las varias dominaciones que poseyeron el cetro de los califas cordobeses: destino común á la mayor parte de las islas del Mediterráneo el de haber cambiado de amo según fué cambiando la suerte de las armas. Y como ahora iba por todas partes espirando la pujanza almohade, y tal vez se introdujo la discordia entre aquellos extranjeros advenedizos, los más feroces de su secta, y los mallorquines que por su buen gobierno debían de amar la memoria de los Beni Ganyas, no fuera de extrañar que la gente campesina, amiga de conservar en buena paz lo que de tan antiguo estaba poseyendo, y destituída de aquellos sentimientos que forman el espíritu nacional, en una isla tantas veces dominada por distintos señores, se apresurase á arrimarse al más fuerte, y desamparase á los almohades, que sólo con gran derramamiento de sangre habían entrado á mandar en las islas, sin reportarles ningún provecho.

Entretanto se trabajaba en las tres cavas, y desembocando en el foso, echaron los minadores á los sarracenos que lo defendían, y con grande intrepidez se acercaron á los muros, pusieron tres torres en cuentos, á los cuales pegado fuego, vinieron ellas al suelo con no poco ruido y mucha satisfacción de los del campo. Dos leridanos, Juan Rico (a) y otro que no se nombra en la crónica, se encargaron de cegar el foso con leña y tierra, hasta que sin dificultad pudiese pasar la caballería; y como los moros incendiasen la leña, el rey mandó que fuesen cien hombres á desviar el agua de la acequia y á introducirla en el foso, con lo cual se apagó el fuego. Mas los sitiados, que ni

(a) *Xiquo* ponen otros códices de la crónica real y la de Marsilio, así en este pasaje como en el de la toma de Ibiza donde entró el primero, y lo mismo se le nombra en el repartimiento por el cual fué heredado en Pollensa.

en actividad ni en intrepidez iban en zaga á los sitiadores, cavaron una contramina en dirección á una de las tres que estos estaban abriendo; y encontrándose al fin, vinieron ambas partes á las manos, y los moros lanzaron de la cava á los cristianos. El rey hubo, pues, de enviar refuerzo á los minadores y un ballestón de tornillo; el cual disparó tan gran golpe que atravesó á dos escuderos enemigos, y espantados los demás desampararon la cava.

Por fin conocieron los de la ciudad que toda defensa era ya imposible, y movieron con los del campo pláticas de capitulación, á las cuales, bien que infructuosamente, acudió D. Nuño con diez caballeros, llevando por truchimán un D. Bachel, judío zaragozano, que sabía muy bien el árabe. Había en la plaza un renegado aragonés llamado Mahomet, que mientras fué cristiano se apellidó Gil de Alagón (a); y avistándose con D. Pedro Cornel, propúsole que él haría que el jeque y los demás sarracenos indemnizasen á los cristianos las costas de la jornada, con que estos se partiesen. Mas al referírsele D. Pedro al rey, indignóse éste de semejante propuesta, y contestó á Cornel que aun cuando le llenasen de oro lo que del campo al monte había, no desistiría de la empresa ni saldría de Mallorca sino después de conquistada. En esto, vino otro mensaje del jeque, con que pedía que se le enviase D. Nuño á parlamentar, y el rey consintió.

(a) He aquí uno de los más misteriosos personajes de esta épica historia. ¿Qué aventuras habían traído á la isla sarracena como cautivo ó como refugiado á un noble de la esclarecida estirpe de Alagón? ¿qué peligros, qué venganzas, qué crímenes ó pasiones le precipitaron en vergonzosa apostasia, hollando su fe de cristiano y sus blasones de caballero? Sus tratos con Pedro Cornel indican que no había olvidado del todo los recuerdos de su cuna y las amistades primeras; pero lo mezquino é inadmisibles de las condiciones por él ofrecidas, á las cuales dió el rey tan digna y enérgica respuesta, muestran hasta qué punto había identificado su causa con la de su nueva ley y de su nueva patria. Después de tomada la ciudad reaparece para colmo de extrañeza Gil de Alagón, reconciliado sin duda con el rey y con la Iglesia, como uno de los barones más favorecidos en la distribución del botín, puesto que su casa fué saqueada ante todas por el pueblo y los caballeros quejosos de la desigualdad del reparto, é indignados tal vez de que se prodigaran á un renegado semejantes recompensas.

Aderezaron para la conferencia los moros delante de la puerta de Portopí una rica tienda, y las máquinas y ballestería de la muralla y de las trincheras cesaron de disparar, aguardando el resultado de aquella entrevista. Fuése D. Nuño con el intérprete y lucida escolta para la tienda, á tiempo que el jeque salía por la puerta indicada; y quedándose afuera la comitiva de entrambos, entraron en el pabellón el moro y el conde, con el judío éste, y aquél con dos de su consejo. Querellóse el almohade de que tan sin razón quisiese D. Jaime arrebatarle la isla; pidióle que se retirasen á Cataluña, y repitió la proposición del renegado Mahomet, añadiendo que en solos cinco días se les satisfarían todos los gastos ó la indemnización que pidiesen. «Y haced cuenta que no la escasez ó la flaqueza á esto nos mueve, que, gracias á Alá, sóbrannos armas, vituallas, y cuanto á la defensa de una población importa; y para que mejor lo creáis, envíe vuestro rey á la ciudad dos ó tres hombres de su valía, que yo respondo de su seguridad, y les mostraremos los víveres y armas, para que si así como digo no fuere, no se concluya el pacto que proponemos. Ni menos nos curamos de que nos hayáis derribado tres torres, porque ciertamente no tememos, antes reputamos por imposible, que por allí entréis en la plaza.» Con mucha entereza contestó D. Nuño recordando los agravios é insultos que al comercio catalán y al pabellón aragonés había hecho el jeque, y en cuanto á lo de partirse de la isla: «Nuestro rey, dijo, no cuenta más que veinte y un año, y como esta es la hazaña con que se estrena, sabed que de aquí no se partirá sino después de tomada Mallorca, y aun cuando nosotros le aconsejásemos lo contrario, harto nos consta que desoiría nuestros consejos. Así pues, ved si de otra cosa queréis hablar, que de esto es en vano.» Espantado el moro, añadió que daría cinco besantes (1) por persona, así varones como mu-

(1) Un besante ó bisancio valía 3 sueldos y 4 dineros, moneda barcelonesa; y así ofrecía por cada persona unos ocho reales, cantidad crecidísima entonces.

jeros é infantes, de los que hubiese en la plaza, con tal que el rey lealmente en sus embarcaciones pasase á Berbería á los que quisiesen, prometiendo no molestar á los que quedasen; y como D. Nuño no traía poderes para tanto, aquí paró la conferencia, y se fué para el rey, á quien dió cuenta de lo ofrecido por el jeque.

Convocó D. Jaime á los prelados y ricos hombres, que todos acudieron menos el conde de Ampurias, que estaba con su gente de armas guardando una famosa cava (1), después muy fatal á los sitiados, y dijo que por nada del mundo saldría de allí hasta que la ciudad se entrase. Refirió D. Nuño á los convocados cuanto en la entrevista pasó: con que pidieron todos al obispo de Barcelona que expusiese su dictamen, el cual aprobando la oferta del walí, se remitió con todo á lo que los barones, como más prácticos en armas, dijese; y hablando luego D. Nuño, opinó también que se aceptase el partido. Levantóse al oírlo D. Ramón Alamany; recordó al rey la muerte de los Moncadas y demás caballeros de aquella casa, y pidió fuese vengada; expuso que el jeque, hombre de edad y de experiencia, sabría inducir á los berberiscos á volver sobre Mallorca con tanta gente, que pudiesen arrebatarla á los cristianos; «y pues tiempo tenéis para hacerlo, añadió, tomad venganza de los moros, hacéos dueño del país, y después no habrá que temer á los de Berbería.» Entonces Guerao de Cervelló, Guillén de Claramunt y todos los restantes á una voz clamaron: «Señor, por Dios acuérdeseos de D. Guillén, que tanto os amaba y servía; acuérdeseos de D. Ramón, y de los caballeros que con ellos murieron en el campo.» El rey con gran prudencia dijo: que ya ninguna determinación humana podía deshacer lo que Dios había dispuesto, ni volver á la vida á los que perecieron; que logrado estaba el objeto que á Mallorca les trajo, si la ciudad se les rendía, buena parte de los moros abandonaban la isla, y además

(1) Véase el núm. 22 del Apéndice.

se les daba por los habitantes una gruesa suma; que debían aceptar la propuesta del walí, porque los cristianos muertos en los pasados trances, más ricos eran ahora que los vivos, pues gozaban la gloria de Dios; pero indicó que, aunque era este su sentir, adoptaría la resolución que ellos acordasen. Segunda vez los parientes de los Moncadas, que eran casi todos los principales, y los prelados repitieron que se desoyese toda capitulación y la ciudad fuese entrada á viva fuerza: acuerdo temerario, cruel y arriesgadísimo, ya que, cuando buenamente, sin pérdida alguna y con tan honrosas condiciones adquirirían lo que había motivado la jornada, preferían obtenerlo con derramamiento de sangre ajena y propia, y experimentar lo que puede la necesidad de la defensa en gente desesperada, que sabe no haber para ella lugar á capitulación, ni otro partido que alejar con su denuedo el día inevitable de su total ruina. Así fué, que al notificárselo al walí, con fuertes razones animó el infiel á los suyos, y se preparó para más obstinada defensa (1). Rechazaron casi diariamente los sitiados todos los ataques; acometieron á los de las trincheras mismas, y con tanto valor asistieron á los adarves, que á algunos barones les pesó del consejo que dieron al rey, y aun le hablaron para que se renovase la plática con el jeque: á lo cual D. Jaime no accedió, si primero los moros no volvían á entablar negociaciones. Pero una vez cegados en su propia defensa, ya no enviaron al campo los de la plaza mensaje alguno; y felizmente á la par de su obstinación y firmeza, creció el valor de las tropas cristianas.

Pero acortemos la relación de aquel sitio, que ya no fué sino una serie no interrumpida de trabajos y de hazañas. Las cavas se multiplicaban; los soldados con grande arrojo iban á poner en cuentos los muros y las torres; las máquinas no aflojaban en su furia; labrábanse castillos, y con no poca dificultad se les acercaba al foso; y en todos los portillos y sobre los escombros

(1) Véase el n.º 22 del Apéndice.

de las fortificaciones ejercitábanse cada día con valor las armas (a). Entretanto venía entrando el invierno, el frío se hacía

(a) Acerca de las últimas operaciones del sitio y de los asaltos que al definitivo precedieron, nos suministra Desclot noticias abundantes para seguir casi día por día los progresos de los sitiadores. Por el mes de Noviembre los aragoneses abren una mina, y otra el conde de Ampurias; la primera es abandonada de resultados de una terrible escaramuza, y vuelven aquellos á abrir otra, en la cual fueron más afortunados derribando hasta treinta brazas de la barbacana; la del conde de Ampurias abre segunda brecha, y se intenta cubrir el foso de maderos, pero la lluvia, que antes del día de San Martín cayó sin interrupción durante siete semanas, destruye y paraliza los trabajos.

De sus dos trabucos deshechos forman el rey y D. Nuño dos castillos bien guarnecidos y escaleras para el asalto. Pero los sitiados con sus disparos logran romper un pie á la máquina principal llamada Arnaldas, y no pudiendo ser reemplazada por el trabuco que habían construido al principio los marinos provenzales y marseleses, á causa de los lodos que impidieron su traslación, hubo el rey de deshacer su castillo para volverlo á la forma de trabuco, hasta tanto que la máquina Arnaldas, reparadas sus averías, pudo funcionar nuevamente. Al amanecer el día de San Andrés aparecen derribadas por la mina del de Ampurias treinta brazas de la muralla, y apercíbense á entrar los sitiadores, como lo hubieran conseguido á no acudir el rey sarraceno con todo su poder á la defensa de la brecha, y á no haberse levantado más adentro para cubrirla un grueso muro de tres varas de alto.

Sábado 1.º de Diciembre. Húndese en el foso el muro y la torre de poniente minada por el conde de Ampurias.

Domingo 2. Comulga el ejército y prepárase con santo ardor al asalto: penetran por la brecha trescientos soldados seguidos de otros muchos, pero los sarracenos concentrando sus fuerzas logran rechazarles y despeñarles en el foso, lanzándoles encima cal y piedras y cal viva y estiércol. Duró la batalla de sol á sol, pereciendo trescientos sarracenos con doscientos heridos y sólo nueve cristianos, desnivel á la verdad increíble. El ataque se dió probablemente hacia la puerta de Bebalcofol (de Santa Margarita), cuya estrecha abertura, de solos siete palmos entonces, impidió aquel día la toma de la ciudad.

Lunes 3. Cae de noche otra torre socavada también por el de Ampurias; y poniéndose en celada muchos caballeros y peones al abrigo de su mina, suben al muro hasta doscientos de los primeros; pero mal secundados por los demás, y volviendo en sí los sarracenos de su terror, los envuelven y derriban malamente y matan á treinta y tres.

Martes 4. Redoblan sus disparos contra el muro las máquinas é ingenios de batir; desplómase el arco del portal, y sus puertas de hierro caen abrasadas al foso. Por aquellos días abre D. Nuño otra mina por la parte oriental, confiando su dirección á Oliver de Tèrmens, y consigue derribar con ella catorce brazas de la barbacana; pero los sarracenos por medio de una contramina los obligan á abandonarla. El paborde de Tarragona formando una gran mina derriba diez brazas del muro principal.

Al cabo de ocho días, á mediados ya de Diciembre, serenado por fin el tiempo, el castillo de D. Nuño, que por causa de las lluvias estaba como encallado en los lodazales, fué arrastrado hasta el foso por los marseleses, y empezó á maniobrar contra la ciudad con grave daño de los sitiados. Cólcase luego el foso con made-

sentir cruelmente en el campo; los ingenieros y los cavadores trabajaban en los lodazales mismos, en que atollaban como clavadas las máquinas; y con las grandes lluvias, destruyéronse las más de las obras y cavas comenzadas (1).

Mas ya estaban harto estragados los muros de la furiosa batería, y cegados los fosos en muchas partes con los escombros; y los del campo pensaron en abreviar el cerco con el asalto. El mes de Diciembre tocaba á su fin; desde Navidad se trabajó en abrir cuantas minas y lo más cerca de la muralla que se pudo; y el 27, resueltos á rematar la empresa, acordó el consejo general que se asaltase Mallorca (a). En el calor de la deliberación decretóse que al tiempo del ataque, cuando vieses perecer á rico hombre, caballero ó peón, nadie se atreviese á llorarle ó á retirar su cadáver; que los heridos continuasen marchando, á no estarlo mortalmente; que aun así, ninguno, ni extraño ni pariente ni amigo, se detuviese á socorrerles ó á llevarles á curar, sino que cuando más les arrimase á un lado; que nadie retrocediese por ningún motivo, ni volviese siquiera la cara á mirar el campamento; que al que huyese todos debiesen aco-

ros, y para apagar el fuego que los sitiados habían prendido por medio de una mina, manda torcer el rey el curso de la acequia precipitándola en el foso. Este incidente acaecido en domingo, debió ser á 16 ó á 23 del mes.

(1) Véase el núm. 23 del *Apéndice*.

(a) Siguiendo á Desclot, puede continuarse en esta forma el dictario:

Martes día de Navidad. Oye misa el rey con sus barones, comulgando en seguida, y arma caballero á Carroz; pásase el día en paz y alegremente sin la menor escaramuza.

Miércoles 26 Diciembre. Derriban los sitiadores catorce brazas del muro con los tablados y garitas de encima, y minan los cimientos del muro mayor en una extensión de diez y seis brazas, hincándole maderos á modo de cuñas; mas á pesar de haberles metido fuego, el muro se mantiene en pie, hasta que en mitad de la noche se desploma con estrépito por sí mismo.

Jueves 27. Allanan los cristianos y hacen practicable la brecha defendida ya por otro muro que más adentro habían levantado los sarracenos; y aunque los sitiadores también este lo tenían minado, lo dejan en pie para que fiado en su amparo el enemigo no pensase en construir otro, y reservan su fácil derribo para el día del asalto. Este fué el día cuarto antes del asalto según la crónica real, en que se prestó el general y solemne juramento. Desde el 26 empezaron las rondas que se alargaban á una ó dos leguas del campamento, y que arrecidas de frío volvían á las barracas á calentarse, trayendo con sus descuidos inquieto al soberano.

meterle y matarle como si enemigo fuera; que, entrada la plaza, nadie se alojase, mientras durara la pelea; que ninguno usurpase el alojamiento que otro ya hubiese tomado; y que quien lo contrario de lo dicho hiciese, se hubiese por traidor á Dios, á la patria y al rey, y como *Bara* fuese castigado (1). Hicieron traer una cruz y los santos evangelios, sobre los cuales juraron cumplir todo lo convenido; y como también quisiese jurarlo D. Jaime, no lo consintieron los barones, bien que el rey les dijo que en su corazón y conciencia lo tenía cual si jurado hubiese: lo cual fué una clara muestra de la lealtad de aquellos varones intrépidos, que al comprometerse á arrostrar la muerte para poner una nueva corona en las sienes del joven monarca, no pudieron sufrir que éste corriese los peligros del asalto, antes con gran bondad y nobleza quisieron ahorrárselos. Observó entonces uno que, pues los sitiados no escaseaban de vituallas, prolongarían su obstinada defensa si les entraba refuerzo, que sí les entraría de los que antes se dieron al partido del rey, porque á ello les apretarían el riesgo de sus hermanos y los vínculos de la religión y quizás del parentesco; y propuso que guardasen todos los pasos que á la ciudad conducían. Y como al siguiente día regresasen al campamento Jaques Sans y Berenguer Durfort, porque ya no se fiaban de los isleños que con los apuros de la plaza debían de andar alborotados, conocióse cuán bueno era el consejo de aquel barón, cuyo nombre calla la crónica, y al momento se puso en efecto. Estableciéronse tres fuertes postas de cien caballos armados cada una, que se pusieron la primera en las trincheras, otra delante la puerta de Barbolet ó Beb-Albelech, hoy *del Campo* (a), y la tercera delante la de Portopí, hoy de *Santa Catalina*.

(1) *Bara*, en catalán, significó traidor en sumo grado, y con este nombre designaron las leyes al que lo fuese.

(a) Aunque *beled* en árabe significa *campo*, la puerta de Beb-al-beled, con tantas modificaciones repetida en los documentos coetáneos á la conquista, no corresponde á la que hoy llamamos *del Campo*, como supuse mal en mi Historia, al

Entre tanto proseguíanse con ardor las cavas, de las cuales una, que dirigía el conde de Ampurias (1), atravesando el foso iba á terminar en los cimientos de la cortina mayor, mientras pegado fuego á los cuentos de las ya concluídas caían las torres, aportillábanse los muros y abrían el paso á los cristianos. Mas no sin gran fatiga se practicaban tantos trabajos, y bien fué menester la presencia del rey para dar calor á los soldados é impedir que se descontinuasen las operaciones. Tres días estuvo sin dormir: los de las postas, arrecidos de frío, abandonáronlas de noche para ir á calentarse en las tiendas, y D. Jaime hubo de acudir en persona á reprenderles y á relevarles con gente descansada y escogida de su mesnada misma y de los ricos hombres; cuanto habían menester los ingenieros y cavadores y los que allanaban el paso para que la caballería entrase por la brecha, venían á pedírselo al rey, sin cuyo consejo nada querían hacer, así de día como de noche; y los repetidos mensajes de los cabos y trabajadores tan desvelado y acucioso le traían, que si alguna vez probó de conciliar el sueño estorbábaselo el más leve rumor de pisadas, y nunca hubo que despertarle. En esto, faltó el sueldo á la tropa; y D. Jaime lo remedió con pedir prestadas sesenta mil libras á unos mercaderes, que con sus caudales habían venido á la expedición (2).

Quince brazas del muro mayor vinieron al suelo con la cava del conde de Ampurias: ya la caballería podía sin mucha dificultad salvar el foso y subir á la brecha; y al verlo debieron de

explicar la división de los barrios de la ciudad trazada en el Repartimiento: datos irrecusables me han convencido posteriormente de que dicha puerta no es otra que la actual de San Antonio, que con la de Beb-al-kofof y de Portopí constituía una de las tres principales, vuelta á levante como las otras al norte y al oeste. La presente del *Campo* no existía á la sazón, ó sería cuando más un portillo del recinto del Temple, entonces probablemente *almudaina* ó ciudadela de la Gomera. *Prop del castell que nos donam al Temple*, dice la crónica real que estaba la puerta de *Barbelec*, y esto contribuyó á inducirme en error; pero no dista tanto del Temple la de San Antonio, que no pueda asimismo llamarse cercana.

(1) Véase el número 26 del *Apéndice*.

(2) Véase el número 24 del *Apéndice*.